De la resistencia social a la construcción de otro orden político

Rolando Ames Cobián

Este artículo tiene su pequeña historia. Ella está ligada a la intensa vorágine política, a los bruscos giros en que vivimos desde mediados de marzo, desconcertantes incluso para quienes presumían de preverlos. Por eso voy a contarla. Cuando en la segunda semana de mayo preparé el primer esbozo, el momento político estaba todavía marcado por el hecho de que Fujimori no había podido ganar en primera vuelta, ni en las ánforas ni en las calles. Mi idea fue plantear cómo, detrás del antifujimorismo militante, se escondía, entre otros contenidos, una búsqueda de cambios de fondo, no sólo sobre quién sería el próximo presidente. Existe la aspiración a cambios en la manera misma de gobernar, en la manera de tratar "a la mala" a los otros, a los que no están en mi bando. Alentar esta demanda de reemplazo de códigos culturales me parecía necesario para dar raíces sólidas al esperanzador movimiento espontáneo. Y era un modo de plantear una agenda político-cultural de mediano plazo, dado que no podía comentar el proceso hacia una segunda vuelta, que se realizaría con el número ya en prensa.

Cuando debía entregar ya la versión final, un lunes 21 de mayo, tuve que cambiar el enfoque: tres días antes, Alejandro Toledo había anunciado que no participaría en la fecha fijada para la segunda vuelta. Desafiaba así directamente la organización del proceso electoral y del escrutinio, sesgados por el control autoritario del Gobierno sobre el conjunto del aparato del Estado. La gente volvía a salir a sus manifestaciones con vital espontaneidad. Lo determinante entonces era ya otro hecho: la pugna directa entre el movimiento democrático que respaldaba al candidato opositor y el poder autoritario habituado a que el Perú funcionara en sus términos. El momento era ya centralmente político y menos social. El título, el actual, quiere expresar la distancia a recorrer entre ambos polos.

Finalmente, esta revista decidió que el artículo incluyera el desenlace, la decisión sobre la fecha. Por tanto, termino el texto final en un domingo de luto cívico y moral para muchos peruanos, entre los que me encuentro. Los medios están anunciando el cumplimiento de la ley de la gravedad: el peso del candidato único ha ganado las elecciones. Al final volveré sobre ello.

El 25 de mayo, después de dilatar al máximo su decisión y abrir esperanzas, la cúpula político-militar, a través de tres miembros del Jurado Nacional de Elecciones, decidió mantener la fecha de la segunda vuelta y responder por la fuerza a la demanda social. Estamos comenzando una etapa dominada ya por la imposición pura más que por el autoritarismo. La cúpula tuvo miedo de hacer política limpiamente y de perder. La demanda democrática ha sido derrotada por la fuerza militar. Ésta, aunque sin emplearse como tal, ha jugado un papel decisivo. La luz de un cambio importante y sano está tratando de ser apagada tan rápidamente como surgió, aunque no sabemos lo que seguirá pasando en los próximos días. Por razones de espacio y de tiempo no puedo integrar aquí un análisis sobre la importancia de los factores internacionales y el positivo papel cumplido por la misión de observadores de la OEA.

¿Por qué, entonces, aludir en el título a otro orden político que podría tener que esperar años para construirse? La respuesta es que, mirado a la luz de la coyuntura, percibo mejor que ese objetivo debe orientar el camino ya desde hoy. Adelanto dos temas que luego ampliaré. Uno tiene que ver con la importancia de comprender cómo hemos vivido esta década, es decir, lo que el orden fujimorista significó política y socialmente, si queremos reemplazarlo. Es el momento de hacerlo, porque lo que está ocurriendo puede diluir el tipo de apoyo popular que tuvo hasta ayer. Y podemos verle sólo su identidad dictatorial, que ahora es más decisiva. Hay que aquilatar, sin embargo, mejor la funcionalidad material y cultural, la facilidad con la que el autoritarismo se enraíza en el Perú. Y entrever entonces tanto la magnitud como el valor de construir relaciones democráticas. Si no hacemos todo esto, Alberto Fujimori podrá hacerse reemplazar por su vicepresidente o podrá dejar el Gobierno por presión internacional y de dentro, pero no necesariamente la victoria electoral democrática garantizará que construyamos las relaciones sociales que reclamamos y que efectivamente requerimos.

Visto de esta manera, no se trata, pues, de fijar sólo objetivos de largo aliento y pautas éticas básicas para la vida pública. Se trata de replantear con estos criterios las acciones políticas y sociales inmediatas.

Este será mi segundo tema. Creo que requerimos valorar al máximo la masiva coincidencia política opositora que acaba de darse en esta coyuntura. Es, gruesamente, una coincidencia pro empleo y pro democracia que puede crecer por la sensación de sin sentido que la votación impuesta hoy producirá en la propia sociedad fujimorista. Entonces, el reto político es cuidar, alimentar, tratar de dar, si no organización, al menos referentes políticos comunes y constantes a esta mitad del país, y contribuir también a que la parte fujimorista de la sociedad se separe de la dictadura, y por su propio discernimiento, para que la separación no sea efímera.

Para que estas dos tareas se cumplan, haría falta que los núcleos más conscientes promovamos explícitamente relaciones democráticas en lo cotidiano, al mismo tiempo que se desarrollen todas las actividades que la lucha política nacional requiera. El necesario desconocimiento de la dictadura malamente electa puede tardar en concretarse. Y la pura indignación o rabia no son suficientes, ni tienen capacidad de continuidad y de convocatoria. No sabemos aún, incluso, hasta qué punto las simpatías reales acompañen todavía en la etapa inmediata al Gobierno. Estamos a las puertas de un duro proceso contra la fuerza de los tanques y de los operativos propagandísticos de arriba. Se trata, por eso, de crear las condiciones en la sociedad -y dentro de nosotros mismos- para precisar mejor qué queremos. Es necesario contribuir deliberadamente a que los peruanos todos podamos ir descubriendo, desde nuestras muy distintas situaciones, qué es la democracia y por qué es mejor, en qué medida ella exige, más entre nosotros, vincular las pautas culturales cotidianas con la institucionalidad del Estado. Esta es una tarea crucial: lograr que sea, a partir de experiencias alternativas vividas ya aquí y ahora, desde donde cobren sentido los distintos objetivos que cada etapa política requerirá en las próximas semanas y quizás en los próximos años.

En el escenario de hoy, la fuerza militar ha tomado el timón, dejando casi sin música «el ritmo del chino", la pegajosa tecnocumbia de la campaña electoral, fabricada precisamente para la comunicación con la gente en las plazas. En este día electoral, *El Comercio*, el diario hoy más serio del país, titula: "Votación, no elecciones". Así, dos imágenes contrapuestas nos rodean: por un lado, la votación impuesta y, de otro, la falta de articulación política de una oposición que, después de lo ocurrido, sería sin duda mayoritaria. Creo que sólo si los dirigentes de esta oposición asumen que estamos al comienzo de una larga marcha tendremos eficiencia por mantener unido el respaldo que hoy se tiene y acrecentarlo. Y, quizás lo más importante: se preparará a articular una oposición política radical, con compromiso por mejorar las condiciones de la vida social ya aquí y ahora, pero en términos democráticos. No dejar a la dictadura el monopolio de la acción social y la gestión pública, pero no ser cooptado por ella es indispensable. Y es quizás la mejor táctica para dejarla en un vacío social cada vez mayor. Se requerirá inventiva política y comunicación social con los de abajo para lograrlo.

1. Las raíces y la valoración que tuvo el orden autoritario

Para comprender cuál es el orden político social que está acabando hoy, y cuál es la agenda para construir otro, es necesario recordar su origen. No es sólo parte de la propaganda del régimen el tener presentes los cuatro años de sensación creciente de inseguridad y caos vividos entre 1988 y 1992, que constituyeron precisamente una experiencia cotidiana y no sólo un hecho político. Los recuerdo porque aquella experiencia originó que el hecho fundador del autoritarismo fujimorista, el 5 de abril de 1992, fuera leído de manera tan distinta por los peruanos de diferentes mundos sociales. Para los sectores de mayor educación escrita, generalmente no tan pobres, el cierre del Congreso fue ante todo una traición a la ley y a la palabra empeñada. Para los sectores populares, más ligados a una cultura oral y a la lucha por la supervivencia, se trató, en cambio, de un gesto de dirección decidida que abrió la esperanza de una salida. Luego, la detención de Abimael Guzmán confirmó esa imagen de pertinencia y de éxito. Se tenía por fin orden y seguridad. El régimen fundó, pues, su autoritarismo no sólo en la manipulación o en la imposición, sino también en las viejas escisiones del país y resultó colocado en relación de cercanía, de intercambio desigual, pero efectivo, con las mayorías pobres o con un mayor componente de cultura andina.

Ya sabemos que, de otro lado, adaptaba nuestra economía de la manera más rápida y extrema a las demandas que venían de los organismos internacionales de crédito y de los intereses de los grandes inversionistas. Eran los años en que la desregulación era una Biblia. Así Fujimori integró los intereses de los grandes capitalistas de afuera y las simpatías y esperanzas de las masas pobres, y su régimen político se ancló en (los) elementos dominantes, tanto económicos como culturales de la nueva época. Por eso es que ahora no se trata sólo de reemplazar a un Gobierno, sino a un régimen político, y aún algo más, un orden social entero. Un orden que llegó por la vía autoritaria, provocado por la guerra senderista y, también hay que reconocerlo, por los errores de quienes fuimos los actores democráticos de entonces.

Este orden ha hecho funcionar dentro de su lógica muchas cosas: un Gobierno -hoy ya convertido en dictadura-, una forma de gobernar, lo que llamamos un régimen, una forma de insertarnos en la economía mundial y una manera de tratarnos entre los peruanos. Por eso mu-

chos tienen temor de romper este edificio de tantos pisos. Y por eso también la satisfacción de esta demanda de democracia que hoy llena las plazas depende de construir procesos alternativos también en todos esos planos.

Aunque he señalado algo de la matriz de relaciones sociales que han acunado al autoritarismo en esta década, quisiera dar otros rápidos brochazos al cuadro. Para las masas populares, Fujimori primero puso orden y luego atendió, con dedicación personal, exhibida hasta la saciedad ante las cámaras, sus necesidades de supervivencia. Esta política económica, no orientada al empleo, lleva necesariamente como complemento la atención focalizada sólo a la supervivencia de los pobres. Pero, paradójicamente, el régimen se ha legitimado precisamente así porque: a) se ha afirmado como mayoritario electoralmente hasta hace poco; b) ha sido percibido como eficiente; c) se ha presentado como paternal, sabe negociar pero en esos términos. Por todo ello mi insistencia en que no ha producido sólo una política, sino que ha contribuido a asentar una cultura.

Esta cultura ha recuperado viejas tradiciones, tanto las antiguas de clientelismo tradicional más servil como las más recientes de negociación e intercambio con el Estado y los políticos. El intercambio puede ser real al nivel micro, pero estoy trazando adrede los gruesos perfiles dominantes. Un autoritarismo sistemático como el que hemos tenido ha añadido otros componentes: a) la valoración del más fuerte. Las oposiciones minoritarias son toleradas, pero no se las considera parte de un orden político común. Fujimori no aprecia el diálogo con el opositor, le resulta una pérdida de tiempo; b) el gobernante no es el mandatario de los ciudadanos, quienes en una democracia son los titulares del poder. Es más bien el dueño de los recursos públicos. No hay separación entre Gobierno y Estado, Fuerzas Armadas y Poder Judicial incluidos; c) el Gobierno no se somete a la ley, porque no acepta que esté ejerciendo un encargo con límites predeterminados. Fujimori afirma que tiene una tarea histórica a su cargo "que no puede parar". Es él quien subordina o interpreta la ley.

Hace sólo tres meses, este orden aparecía muy sólido. Hoy estamos en un conflicto crucial, precisamente porque el aparato ha sido puesto a la defensiva. No descuidemos, sin embargo, este mirar a fondo de donde queremos salir. La manera política estatal de ejercer la autoridad que hemos descrito, ¿no es acaso extremadamente afín con la experiencia cotidiana de una sociedad que en su mayoría está acostumbrada todavía a un orden vertical envuelto en una maraña de discriminaciones sutiles, donde mandan siempre los que, frente al otro, son considerados los de arriba? Y entonces, ¿no es el apoyo popular a Fujimori un fenómeno más orgánico que nos obliga a mirar cara a cara

nuestro querido país y reconocer las nuevas manifestaciones de viejas y recientes desigualdades y atrasos? La cultura del "todo vale" que tanto se critica, ¿no está acaso asociada íntimamente al estilo político del fujimorismo?

Estas son las razones que encuentro para sostener la importancia de dar forma, precisamente en esta coyuntura, a un movimiento político-cultural que vincule explícitamente y que haga ver las relaciones directas entre luchar por democracia en el nivel de la política y revisar cómo democratizar nuestras maneras de relacionarnos en los otros ámbitos de la vida cotidiana. Por lo expuesto, me parece que un área crítica que requiere atención prioritaria es la forma en que nos estamos relacionando sectores medios y clases populares. Se han diluido espacios y objetivos comunes. Tengo la impresión de que cuando nos vemos y dialogamos, nos abrimos muy poco a ese otro. Los de más arriba llegan al mundo popular con recursos materiales o entretenimiento para distribuir. Los términos del intercambio no son democráticos, pero ninguna de las dos partes parece esperarlo del otro. Pero, ¿y los sectores medios, los profesionales que trabajan en educación, salud, democracia, desarrollo, o los propios agentes de pastoral, por ejemplo? ¿No fue acaso la idea de un proyecto en común de sectores medios y populares la que democratizó con fuerza los países latinoamericanos? ¿Es que en los términos de hoy, más abiertos e individualizados, no puede ser ésta una tarea también común? La crisis de la política "clásica" dejó un vacío de referentes y la sola política electoral o mediática no parece bastar. De allí la necesidad de trabajar en varios frentes y espacios a la vez. Y de valorar la ocasión que esta agudización de un conflicto político de fondo nos ofrece.

Tengo la intuición de que, si la lucha antidictatorial que hoy ha convertido al Perú en noticia hemisférica y mundial decae y se queda en una batalla entre políticos, será la dictadura o el autoritarismo quien ganará. Y creo que los ciudadanos más asediados por el trabajo precario y que viven más individualmente no se interesarán en ser, por mucho tiempo, sólo público de manifestaciones y protestas. Una demanda sorda de una política menos caudillista, más atenta a las responsabilidades específicas de la gestión pública, es un rasgo positivo de los nuevos tiempos. Hay, pues, que trabajar en avanzar desde todos los espacios públicos de acción, en hacer que sea esa innovadora política del diálogo entre diferentes, e incluso opositores, la que haga descubrir el sentido y la superioridad de la democracia. El orden basado en la pelea, entre minorías no sentidas como representativas, no produce adhesión.

2. Prácticas democráticas radicales y política inmediata

La democracia política se refiere a un campo específico que hoy se ha convertido en el eje del conflicto en la coyuntura peruana. La referencia hecha a la democracia en los ámbitos de la cultura y de la economía no debe llevar a confundir, diluir o quitar importancia a la prioridad que hoy tiene en el Perú ese campo específico. Lo que pasa es que el momento actual hace posible, quizás como nunca antes, plantearnos una gran agenda pública de promoción de relaciones democráticas en todos los planos. Si lo hacemos, identificaríamos y podríamos fortalecer los nudos de contacto crucial que existen entre la democracia política, la cultura y la economía. Sólo así la democracia política echaría raíces y se consolidaría en instituciones sentidas como propias.

Esta visión implica una invitación, una apuesta, no un pronóstico. Las razones para pronosticar el reforzamiento más bien del autoritarismo con componentes dictatoriales sobran en la coyuntura inmediata. Pero es precisamente por ello que existe la necesidad de tomar conciencia de la necesidad de cambios más radicales y de acciones creativas bien ubicadas en el tiempo actual. En segundo lugar, integrar la coyuntura en una mirada más abarcante haría ver mejor las prioridades en las luchas y las formas de acción política inmediata. Sin duda, es tan ambicioso como necesario pretender avanzar desde la espontaneidad de las reacciones actuales hasta la articulación del movimiento político cultural de largo aliento, al que apuntamos. Pero, repito es justamente esta coyuntura la que hace pertinente plantearlo.

Entrando a este momento político actual, vemos que en él se han manifestado potencialidades para una larga marcha, pero se han producido ya además logros frágiles, pero de enorme importancia. Uno muy importante es el de la unidad política espontánea en torno a un actor de oposición. Alejandro Toledo y su agrupación, Perú Posible, constituyen una fuerza nueva, frágil, sin duda, frente al régimen autoritario. Sin embargo, ha proporcionado una referencia común, en torno a la cual se ha unido la reacción democrática de todo el medio país más activo. Toledo ha tenido el mérito de reconocer que el movimiento que lo apoya es de tal magnitud que excede largamente al "toledismo". Así, aunque este campo opositor esté aún políticamente desorganizado, sin proyecto ni táctica común, es una unidad viva que es prioritario cuidar y fortalecer. Si su eje común desapareciera sin crear elementos de continuidad, correríamos el riesgo de regresar por un tiempo indefinible al páramo opositor de hace unos meses.

La unidad práctica alrededor de Toledo reúne, además, no sólo a las distintas fuerzas políticas opositoras. Lo más importante es que en ella convergen los actores sociales con demandas e intereses democráticos más heterogéneos: jóvenes cholos emergentes, parecidos físicamente a Toledo, que viven el problema del desempleo; movimientos descentralistas y regionalistas de todos los puntos de nuestra geografía; el malestar ético y material de los sectores medios; las redes cívicas más estructuradas; los empresarios descontentos por la arbitrariedad del régimen. Ir estructurando esta convergencia, respetando su pluralidad de intereses, ideas políticas, expresiones y espacios de acción, es una tarea en que se anudan tácticas inmediatas y estrategias de largo plazo.

Otro asunto actual es cómo manejar el objetivo inmediato de ampliar la conciencia de ilegitimidad del régimen fujimorista y lograr, ya sea nuevas elecciones o bien la reducción de su período de mandato o cualquiera otra variante de esta naturaleza. Estas luchas podrían tener, ojalá, éxitos concretos en el período que nos separa del día del cambio de Gobierno, el 28 de julio. Pero también podría ocurrir lo contrario. En ambos casos, y sobre todo en el segundo, el riesgo de que los protagonistas de la oposición se separen de las preocupaciones cotidianas de una sociedad dominada por la necesidad de sobrevivencia es un riesgo que debe prevenirse. El Gobierno, con todo su poder, trabajará para que ello ocurra.

Detrás de este problema táctico hay una cuestión de fondo. ¿Cómo vincular la lucha por democracia política con las preocupaciones materiales sobre todo de la sociedad popular? Quiero dejar sólo planteados dos temas para un diálogo que vendrá de seguro muy pronto: a) la relación entre la crisis política nacional y los asuntos cotidianos diversos que movilizan a las sociedades locales; b) la relación entre democracia y desarrollo humano. Son temas, por lo demás, muy asociables.

Hemos comentado desde la primera parte la incomunicación amplia entre sectores medios y clases populares y hemos visto su expresión electoral en la distribución del voto, en las ciudades especialmente, entre Fujimori y la oposición. Para cambiar este cuadro, la lucha por democracia debe ligarse a la presencia opositora en el apoyo a las actividades cotidianas de los sectores populares, especialmente en los espacios locales. Allí debe alentarse el trabajo social unitario, la formulación y ejecución de los mejores planes de desarrollo, la participación de todos los liderazgos y la colaboración fiscalizadora, pero franca, con los proyectos estatales que sean eficientes.

En la sociedad actual, las mayorías viven con mucha distancia su relación con la política nacional. Priorizar sólo ese plano de acción convierte a la población de base, aun sin quererlo, en masa de maniobra de conflictos que ella viven como ajenos. La propia democracia política en el Perú no será tal si no se innova en la práctica de la democracia local,

no sólo como asunto municipal, sino como espacio público de ejercicio del diálogo, de la institucionalización del conflicto y de la participación ciudadana. Y participación, desde allí, en los asuntos públicos nacionales e internacionales que atraviesan también el ámbito local.

El fortalecimiento de las sociedades locales y la descentralización del Estado debieran ser inseparables. Es difícil pensar, sin embargo, que este régimen concrete una descentralización efectivamente autónoma. De allí que, por el momento, el aliento a la democracia local es la tarea más accesible. Ella no puede significar encierro localista. Aquí radica el enlace con el tema del desarrollo. Se requiere llegar a esa población con información y campañas públicas, vía los medios y la información directa, sobre la real estructura y situación de la economía nacional, regional y local. En el Perú, primero por la irresponsabilidad con que Alan García generó la crisis económica y luego por la campaña confusionista del Gobierno, se ha convertido la política neoliberal en una suerte de tabú que la oposición tiene miedo de criticar a fondo. El enfoque del desarrollo humano como criterio de evaluación y como propuesta debiera ser, por ello, eje central de la acción democrática política y de las redes cívicas y de promoción de toda índole.

Dar publicidad a la situación cotidiana y las alternativas económicas posibles para el empleo y la dignidad de las mayorías populares, al mismo tiempo que se escucha y se valora su voz y su opinión política individual, cualquiera sea ésta, son temas que deben ser, a mi juicio, parte de la acción que caracterice, cuanto antes, a las fuerzas políticas y sociales democráticas. La pura oposición política de los instruidos no será, de lo contrario, bien entendida y no aparecerá con razón incluyente. El bloque democrático requiere nutrirse de mayor participación popular. La base social hoy fujimorista puede converger hacia este bloque democrático si la acción nacional y las acciones locales de carácter democrático se practican como autónomas. Su convergencia ocurrirá naturalmente.

Un último asunto. Las expresiones de los plurales actores sociales del bloque opositor deben seguir dándose también con plena autonomía. Los jóvenes, que tanta energía e indignación vital manifiestan estos días, entran a una vida política en la que no encuentran referentes ni explicativos ni organizativos. Hay una demanda no formulada, pero objetiva, sobre las otras generaciones de construirlos juntos. La actual mezcla de desorganización y convergencia política de conjunto permiten también aquí ensayar inéditas formas de relación horizontal entre políticos y ciudadanos. Ya ningún político ni organización puede sentirse propietario de su gente. El eje de la política democrática, y ojalá solidaria, sólo puede ser hoy la persona libre. Los jóvenes peruanos y muchos profesionales, hoy inseguros de volver a comprometerse, cambiarán de opinión si conductas y planteamientos de este tipo se muestran y se discuten.

Entre los personajes que declaran cínicamente, montados con soberbia en los aparatos de administración e imposición del Estado, y la vitalidad, la cólera y la festiva alegría de los más jóvenes empieza a transcurrir este incierto periodo post-votación. Seguramente los sentimientos intensos marcarán en las próximas semanas la reacción de peruanas y peruanos ante los hechos inciertos por venir. Ojalá que pretensiones, como la presente, de vislumbrar horizontes, en apariencia lejanos, aporten a una acción inmediata, desafiada a continuarse a sí misma y a construir, sin pausa, otro orden político basado en más y más relaciones democráticas. □



miento. El llamado al Jubileo comienza por pedir que se declare santo el tiempo en que tendrá lugar. No se trata de una proclamación puramente verbal. Son gestos concretos los que harán del devenir histórico "un tiempo agradable a Dios". Los textos jubilares nos dicen lo que está en cuestión: liberación de los siervos y oprimidos, perdón de las deudas, recuperación de las tierras, derecho a comer, hacer que no haya más pobres y si los hubiese abrirles el corazón y la mano. En otras palabras, lo que santifica el tiempo se santifica cuando se da vida y la vida, se transforma un mundo que crea y mantiene la pobreza, se forja un mundo de fraternidad a través de la acogida y la reconciliación.

Hace diez años se anunció la introducción de la causa de beatificación y canonización de este pastor. El proceso sigue su curso, no faltarán tropiezos en él porque Mons. Romero, como Jesús en su tiempo, no ha dejado de ser una persona incómoda para muchos. Pero hace tiempo que el pueblo pobre de El Salvador, y de más allá de este país, lo considera ya un santo. Sea lo que fuere de esto, lo cierto es que Mons. Romero a su vez, desde un pequeño rincón de este mundo, ha santificado ya, en el sentido jubilar del término, nuestro tiempo, recordándonos que el Reino de Dios se hace presente en la historia a través del gesto hacia el pobre.

Uno de los grandes temas del Jubileo bíblico es el perdón de las deudas. Hoy, lo sabemos, la deuda externa de los países pobres es pagada con la vida de los más pobres de sus habitantes. No hacerlo, se dice, sería trastocar el orden económico internacional. Eso es servir, en lenguaje bíblico, como lo recordaba Mons. Romero, a los ídolos de la muerte. Se trata, como es conocido, de una deuda pagada, la mayor parte de las veces, en cuanto se refiere a la suma prestada inicialmente, pero vigente debido a los intereses que recargan la cantidad original y la hacen interminable. Su condonación no es la solución a todos los problemas de las naciones pobres, pero levantaría sin duda una pesada hipoteca. El vigésimo aniversario del asesinato del obispo Romero puede ser una excelente ocasión para reanudar los esfuerzos para lograr esa condonación. De este modo, su recuerdo no quedaría en simples y emotivas palabras, sería memoria viva.□

San Romero de América, mártir de los derechos humanos

Entrevista a Mons. Gregorio Rosa Chávez

Monseñor Gregorio Rosa Chávez, obispo auxiliar de San Salvador y responsable de la campaña de beatificación de monseñor Óscar Romero estuvo en Lima en una reunión internacional de Cáritas. Con él conversamos sobre la importancia de Cáritas, el proceso de beatificación de monseñor Romero, la situación hoy de El Salvador y el necesario respeto a los derechos humanos.

Bienvenido, monseñor Rosa. ¿Cuál es el motivo de su presencia entre nosotros, aquí en Lima?

Ante todo, un saludo a la querida gente del Perú y en especial a los lectores de *Páginas*. Desde junio de 1999 soy presidente de Cáritas para América Latina y el Caribe. Me toca animar el trabajo en todo el continente y en la zona del Caribe. Participo por ello en distintas actividades. Estamos acá en un diálogo sumamente interesante con otras Cáritas, concretamente Catholic Relief Services (CRC), de Estados Unidos, y Desarrollo y Paz, de Canadá. Esta reunión está organizada, además de Cáritas, por el CELAM, el Departamento de Pastoral Social. Cáritas Perú nos acoge en esta ciudad. Estamos en el último día de trabajo y a punto de llegar a algunas conclusiones en este diálogo que se inició hace varios años y ahora da un paso más.

¿Cuál es la agenda de las principales preocupaciones de las Cáritas en América Latina?

Tenemos una publicación hecha por Cáritas argentina que hace un estudio de todas las Cáritas del continente y hay un desbalance entre lo que dicen los estatutos de muchas Cáritas y lo que están haciendo ahora. La realidad supera las leyes en este caso, al grado de que estamos pensando adaptar los estatutos a la nueva situación.

Cáritas, desde hace años, está pasando de una visión asistencialista a una visión de promoción humana, de liberación integral y de reconciliación social. La última asamblea en Roma, el año pasado, sancionó una visión en la que hay algunos acentos y el principal es fortalecer la capacitación de la gente para que pueda tener una mayor influencia en las decisiones. Otro acento está puesto en la comunicación social y otro en la mujer. En esa perspectiva el escenario es muy grande, al punto de que cuando haya emergencias, como en el caso de América Central con el huracán Mitch, esto se convierte en una oportunidad también de iniciar o de propiciar procesos para que las comunidades vayan teniendo mayor capacidad de interpromoción y de cambio social. Esta es, en cierto modo, la visión de Cáritas en este momento y tal como se concibe mundialmente.

¿Cómo se están situando las Cáritas de cara a la lucha contra la pobreza?

Por eso digo que los estatutos están quedándose cortos. Cáritas cumple cincuenta años como Cáritas internacional, esto es, en este año celebra su cincuenta aniversario. En sus estatutos aparece, en el artículo primero, que nace para ser la caridad organizada de la Iglesia y tiene entre sus objetivos el combate a la pobreza y la lucha por la justicia. Es como un marco en el que se inscribe todo el trabajo de Cáritas. Esto ha ido potenciándose, por ejemplo, a través de la campaña por el tema de la deuda en el marco del Gran Jubileo. También en la asamblea de junio, en Roma, se adoptó por unanimidad la decisión de pedir al Santo Padre la canonización de monseñor Romero. En ese marco se ha desencadenado también todo un movimiento de adhesión, porque, así dice la resolución de Cáritas, este pastor inspira de manera muy especial el trabajo con los pobres. Esto da una idea de cómo está en este momento la actividad de Cáritas.

A los veinte años del asesinato de monseñor Romero, ¿cuál es el legado y la memoria que hoy la Iglesia y el pueblo de El Salvador guarda de este pastor?

Estamos sorprendidos de lo que significó este vigésimo aniversario. Se preparó muy bien y hubo más de cien delegaciones presentes. La actitud del pueblo fue asombrosa, desbordó inclusive las expectativas de los organizadores y nos plantea una gran pregunta: ¿qué pasa con los jóvenes que no conocieron a Monseñor? ¿Hasta dónde su figura tuvo incidencia en sus vidas? Fue una gran sorpresa el modo en que monseñor Romero entró de forma definitiva en la historia del país. Se dieron cosas nunca vistas. Por ejemplo, se le dedicó una plaza que lleva su nombre, se puso un busto suyo en esa plaza, la Asamblea Legislativa lo declaró hombre meritísimo, y allí estaba el partido que gobierna, que estaba siempre contra Monseñor. De repente todos aceptan que su testimonio era algo era muy especial. Sucedieron eso que nosotros llamanos *pequeños milagros*.

¿Cuál es el estado del proceso de beatificación de Monseñor Romero?

Quizá sería interesante decir que en este proceso hubo una actitud de duda en muchos. Los grupos, digamos así, más avanzados, temían, y así lo decían, un «secuestro» de la figura de monseñor Romero por la institución eclesial. Ahora la actitud ha cambiado, la ven como una inspiración y más bien desean de todo corazón que la Iglesia, de forma oficial, reconozca este testimonio tan excepcional de monseñor Romero. Nos alegra mucho, porque es lo que nosotros también queremos en El Salvador, que este pastor nos inspire, sobre todo porque representa un ejemplo muy especial en el campo de los derechos humanos y la lucha por la justicia, temas que están muy presentes y de actualidad en el Tercer Mundo y concretamente en América Latina. De modo que yo lo sueño como el mártir de los derechos humanos.

Monseñor, hablemos de su país. A veinte años del martirio de monseñor Romero, ¿cuál es la realidad de El Salvador en estos momentos?

En El Salvador tuvimos elecciones 12 de marzo para elegir alcaldes y diputados, y el resultado dejó cuatro lecciones. Primera: hay un estilo de gobierno que quedó sepultado, el estilo autoritario, arrogante, parece quedar como cosa del pasado. Segunda: también va quedando atrás un modo de hacer trabajo político que se deslegitima solo, en el que se hacían campañas sucias, predominaban las calumnias y las mentiras. Tercera: también quedó rechazada la violencia como méto-

do, tanto la verbal como la física. Y por último, lo más importante, hay un mandato claro en favor del diálogo, la concertación y una mayor sensibilidad hacia los problemas de las clases más pobres. Creo que éste es un momento para nosotros sumamente interesante, porque nos abre posibilidades. Nos toca trabajar para que ese espacio no se cierre, de modo que entremos en un nuevo estilo de hacer política y un nuevo estilo de gobernar donde la norma sea, por así decirlo, el diálogo y la concertación. Esto es muy esperanzador y lo vemos también como un milagro de monseñor Romero.

El Salvador ha vivido largos años de guerra civil, de violencia política, de guerra interna, ¿cómo está El Salvador hoy, cuáles son las heridas abiertas, hay un proceso de reconciliación?

Voy a responderle en dos partes. Una primera a partir de lo qué dice la Conferencia Episcopal, y en la segunda algunos comentarios personales. Hay un documento de los obispos publicado el año 1996, en vísperas de la segunda llegada del Papa. Allí nos preguntábamos a qué país viene el Papa. Y contestábamos que a un país que firmó la paz, pero que no tiene todavía la vivencia cotidiana de ella. Y señalaba tres indicadores para hacer esa afirmación: después de que se firmó la paz en el 1992 aumentó la extrema pobreza, aumentó el desempleo y también creció grandemente la inseguridad social, al grado de que tenemos, en cierto modo, más homicidios que durante la guerra. Eso dice el comunicado. Yo añado, por mi parte, que somos un país que firmó la paz, pero no está reconciliado, porque las heridas no se han cerrado y las causas que originaron la violencia no se han atacado a fondo. En ese sentido, somos un país en que, en cierto modo, está en crisis la esperanza. Por eso hay una gran tarea. En este nuevo contexto debemos avanzar para atacar las raíces de la guerra, que son de tipo estructural, y trabajar de veras por una verdadera reconciliación social en la verdad, en la justicia, en la solidaridad. Esa es mi visión y también mi sueño de país, un país donde la sociedad sea justa, fraterna, reconciliada y en paz.

Monseñor, realizamos esta entrevista en momentos en que en el Perú se vive una situación difícil, ¿cuáles serían sus palabras como un pastor que ha vivido y sufre una situación como la salvadoreña frente a la realidad que vive el Perú?

Aquí estamos reunidos entre distintos países. Hemos estado todos muy unidos al pueblo en esta ansiedad y, como la Iglesia de este país, deseamos vivamente que se encuentren caminos de reencuentro, de reconciliación auténtica, donde el diálogo sea también lo normal, donde el respeto al adversario, la tolerancia,la transparencia sean lo cotidiano. Sólo así se construyen sociedades realmente democráticas. Cada una tiene su propio proceso, pero como familia de naciones aspiramos a sociedades donde haya una verdadera cultura de paz que sustituya a la cultura de violencia y de muerte que ha dominado en tantos países, y se construya sobre nuevos valores, el respeto a los derechos humanos, la educación para la democracia, la tolerancia, el diálogo... y eso no se improvisa, supone un largo proceso. Creo que la Iglesia tiene aquí que seguir dando un aporte esencial en un pueblo creyente como es el peruano. Nos sentimos muy unidos a esta Iglesia y somos solidarios con sus esfuerzos, también con sus luchas y con sus sufrimientos.□

(Entrevistó: Pablo Espinoza)

